



Monasterio de Sandoval (León). Ventana, columnas de la entrada a la Sala capitular y nave, descubiertas por F. Balbuena.

ALGO SOBRE SU ARQUITECTURA

POR J. MORENO VILLA

Sin título profesional que me sostenga en estas páginas, pero a petición de los que organizan conmigo este número conmemorativo, diré lo más sencillamente que pueda lo que para mí representaba G. F. Balbuena.

Como persona, primeramente, un haz de nervios. El fuego y el carbón en los ojos. Y en los ojos también la ironía y la adhesión, en rápidas alternativas, para todo lo que iba oyendo a los demás. Nada orgulloso, nada humilde, enérgico y recto. Pedía pareceres, escuchaba, pero, sin poder contenerse, discutía, pedía orden a sí mismo y, a lo largo del diálogo, vivo y tirante, se apartaba por completo del objetivo. En mis conversaciones con él siempre me fué preciso traerle otra vez al terreno inicial. A sus cuarenta y cuatro años resultaba con fogosidad juvenil y carne demasiado trabajada. Poco cuerpo ya para su vitalidad interior. Incesante en el trabajo y múltiple en su actividad. Si este número persigue algo, ante todo es el presentarle en sus varias facetas. Fué urbanista, arqueólogo, arquitecto activo y conferenciante. Como personalidad social, ejercía evidente respeto. Y ello por la rectitud de su conducta como por el esmero que ponía en sus obras. Nadie sabe hasta qué punto las sobrecargaba de preocupaciones y cuidados.

Pero la misión mía no es hablar de estos aspectos suyos, sino de su significado dentro de la arquitectura contemporánea. Papeleta dura de enjaretar.

Me inclino a decir que sabía demasiado para ser adalid de una tendencia. Porque casi todos los "ismos" piden simplicidad, eliminación de muchas cosas, adhesión sorda y ciega a unos preceptos intangibles. Siendo

así, quedaba un poco, o un mucho, sin eso que llamamos aire de la época. Y él—tan crítico de todo y de sí mismo ante todo—se daba cuenta. Y era dramático ver en su obra el aceptar y apetecer lo nuevo al mismo tiempo que el rechazarlo.

Temperamentalmente fué un barroco, y si no hubiese sido dotado de tanta capacidad crítica y de una severidad que podríamos llamar "protestante" o "reformadora", hubiese dejado obras del más desenfrenado barroquismo.



Monasterio de Sandoval. Ruinas de la cocina.



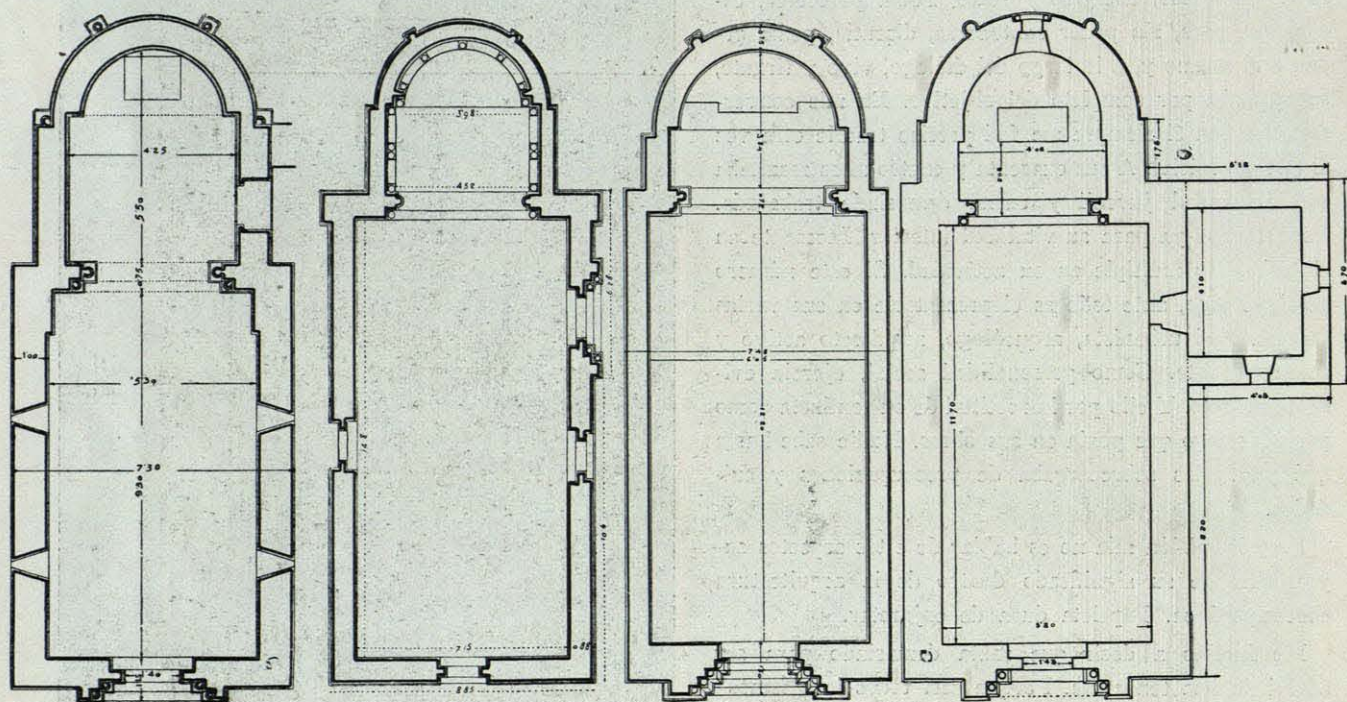
San Juan de Fano (Asturias).
Puerta de la iglesia del Monasterio.

Pero, al fin de cuentas, pesaban sobre él algunos conceptos del día. Y, a pesar de sus mofas para Le Corbusier y los secuaces, buscaba cada vez más la limpieza en las fachadas. Aceptó los grandes ventanales y las grandes líneas tendidas, pero aun en sus últimas obras mezcló estas normas con elementos de verdadera protesta barroca. Ejemplo: los aleros, que en él adquirían proporciones casi monstruosas.

He visto cómo levantaba ya en sus últimos años delante de mi ventana una de sus últimas obras. Y he asistido a ese dramatismo que dije antes; porque la ordenación de huecos en una de las fachadas fué tan laboriosa, que llegué a dudar de su terminación. Me refiero al hotel particular para el Sr. Sacky. Su preocupación primera fué la de no respetar simetrías ni ejes, sino abrir allí donde lo pedía la distribución interna. Pero esto—que, desde luego, es preocupación muy moderna—no le resultaba una vez llevada a la práctica. No me interesa saber si en los últimos tiempos pudo más la opinión ajena en la solución definitiva.

Para mí, sus mejores obras están al principio y al fin de su carrera: el casino de León y la casa para su hermano. En ellas, a fuerza de querer y de refrenarse, consigue una evidente ponderación, mayor claridad y grandeza de volúmenes que en otras obras.

A Gustavo F. Balbuena le alcanzó de lleno el cambio de concepto arquitectónico que sobreviene del año diez



Santa Eulalia de Ujo.—Santa María de Villamayor.—San Juan de Priorio.—Sograndio (Asturias).



Casa particular en León.

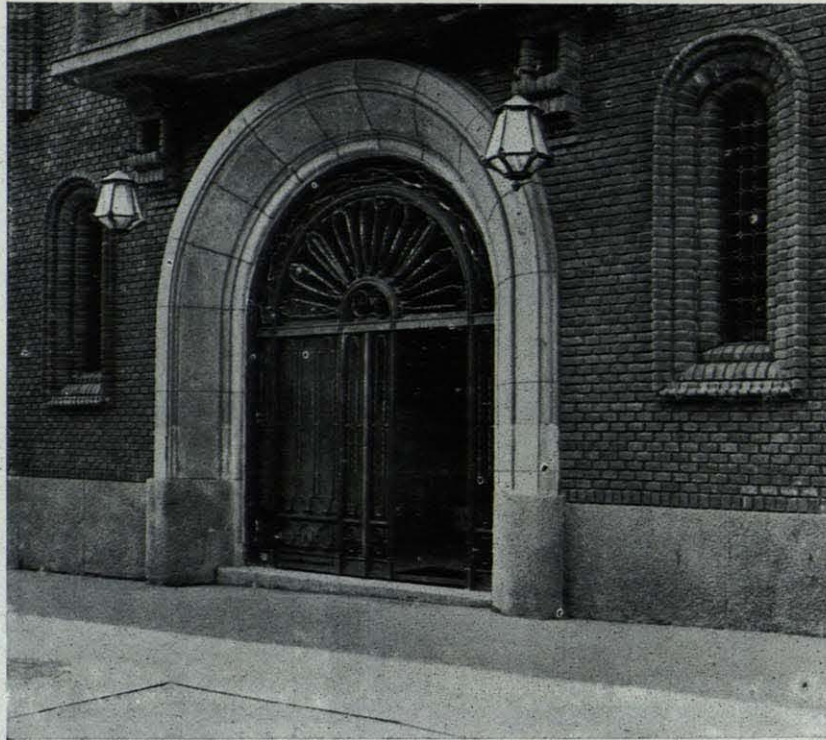
Hacia el año 1917.

Casino de León.

Años 18-19.



Casino
de León.
Detalles



al veinte, apuntando aproximadamente. Esto no hay que olvidarlo para juzgar su gusto; porque si por temperamento se inclinaba a lo barroco, por el ambiente que le rodeó en los primeros años de su carrera, también. Y aquí viene lo interesante: a pesar de todo eso, sus primeras obras no caen jamás en el profuso adorno "languillico" ni "floreale" que abochorna en la parte primera de la Gran Vía, por no citar más.

Balbuena iba más adentro que los adornistas de fachada. Se sostuvo y logró enlazar con nuestros arquitectos más jóvenes por haber tomado en serio "eso" de la construcción y del urbanismo, que son los problemas del día. Y si miró con estímulo hacia el Extranjero, no fué para fijarse en tal o cual figurón, sino en tal o cuál arquitecto alemán que trabaja el ladrillo casi tan sabiamente como los antiguos y modernos españoles





Grupo de casas en Miguel Ángel (Madrid).



Años 26-27.

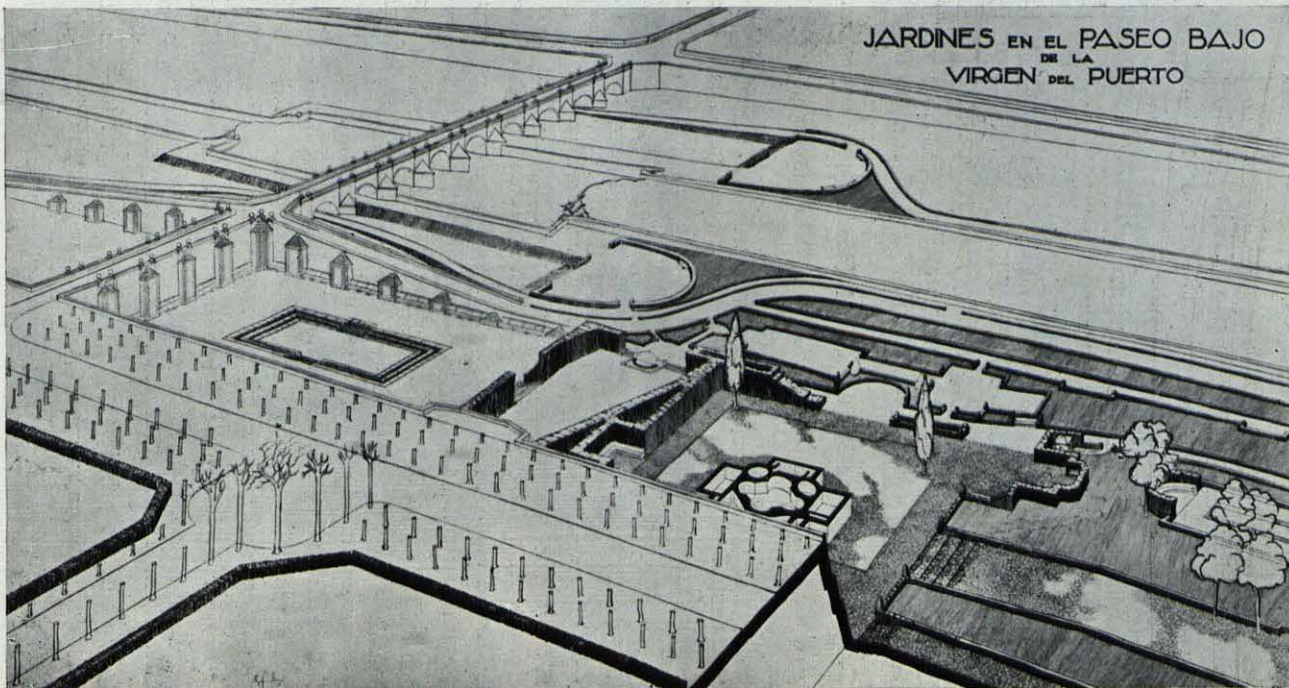
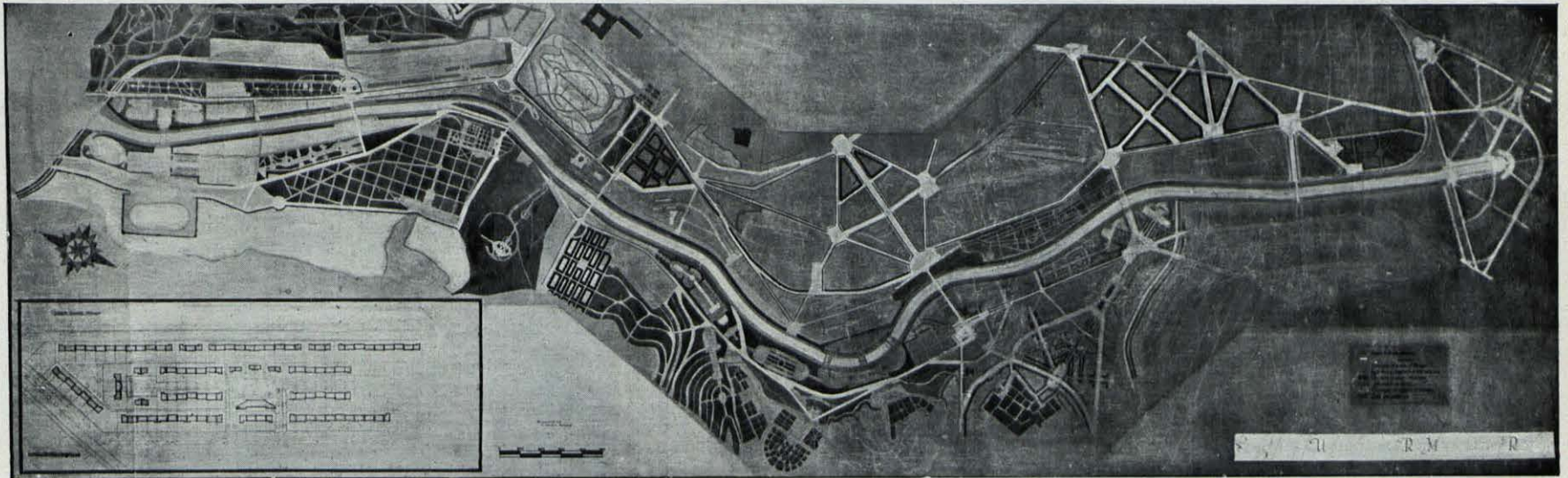
anónimos, los de los pueblos. Balbuena tenía hechos largos estudios, en sus correrías por Castilla y norte de España, acerca de este modo, tan nuestro, de construir. Y le regocijaba la impresión que hacían a los extranjeros algunas obras de rasilla que veían ejecutar, sin acabar de entender cómo podían resultar resistentes y estables. Las bóvedas fabricadas para escaleras, por ejemplo. El acabamiento y perfección en sus obras de ladrillo es sencillamente magistral. Estamos seguros de que mañana serán consideradas como modelos. Porque han de resistir al mañana. El ladrillo *en sus manos* se convierte en piedra, y toda la construcción en duro bloque, de perfiles netos. Algunas veces hacen duras de puro afiladas que son las aristas de sus obras. Véase como caso típico el hotel particular de la calle de Valdivia, al que antes me he referido.

Es esta su última obra. Tan última, que hubieron de terminarla los Sres., S. A. y L., encargados de todo lo que quedó pendiente. Y por ser la última ésta, más cargada de los principios que fué sumando en su trayectoria. Estaba muy reciente aún la casa que hizo don Rafael Bergamín para el marqués de Villora en la calle

de Serrano, que yo calificué de "honesto," en un artículo, por ser la primera que llevó al extremo la eliminación de todo adorno y otras normas frecuentes ya en Holanda y Alemania; desde luego, con azotea en vez de tejado. La reacción de Balbuena fué levantar junto a aquella casa la de su hermano, que publicamos aquí. Un hotel sólido, de buenos materiales, bien trabajado, pero con su montera a varias aguas, gran alero—de los pesados que ya inició en la calle de Almagro—y encuadramiento fuerte en las ventanas y puerta principal.

En este hotel y en el de la calle de Valdivia, que le sigue inmediatamente, se ve lo que el autor era capaz de conceder al movimiento centroeuropeo en lo que tiene de formal. Movimiento al cual se entregaron otros con suma facilidad, pero sin penetración.

No quiero cerrar estas líneas sin aludir a sus muebles, a sus construcciones para interiores. Y en estos detalles está igualmente clara su tendencia barroca y gravitante. Es curioso que aquel espíritu ágil, y hasta semita, por lo excesivamente inquieto, buscarse en sus obras, incluso de adorno, la pesantez. Contrastes y compensaciones.



Arriba: Proyecto del Manzanares.
Abajo: Jardines junto a la Virgen del Puerto.